

Piedras de moler nacidas en Francia y olvidadas en el Alto Aragón.

Introducción

Si preguntamos a la mayoría de nuestros amigos del norte lo que es un molino, ellos de pronto pensarán en esos famosos e impresionantes molinos de viento con grandes aspas, que son los símbolos turísticos de los Países Bajos. Otros quizás mencionarán los enemigos delgados de Don Quijote. Y las palabras ‘molino hidráulico’ a veces evocarán imágenes de los grandes buques de ruedas en el Mississippi norteamericano, uno de los ríos más largos del mundo. Si les hacemos observar que también hay molinos en los Pirineos, nos miran con incredulidad. ¿Molinos en la montaña? No hace falta decir que ahí hay molinos, pero sin aspas, y en general más modestos y menos marcados en el paisaje.

En el Altoaragón habían innumerables molinos que funcionaban durante siglos: sobre todo harineros para la harina, aceiteros para el aceite y batanes para los paños. Pero el siglo veinte con sus “cambios modernos” inició la agonía. Nuevas carreteras facilitaban el abastecimiento de pan a los pueblos de montaña desde la ciudad. La producción industrial de harina

y de aceite de oliva impedía la subsistencia de los pequeños molinos rurales. Muchos dejaron de funcionar. En los años sesenta, solamente los que se habían transformado en centralitas eléctricas continuaban su tarea. Pero todo esto fue en vano y ninguno lograba sobrevivir.



Alquezar: Alquezar: muela con estampa de Dupety –Orsel, La Ferté

Hoy día, la mayoría de estos edificios que servían también como lugar de encuentro, caja de depósitos, banco de crédito, punto de información y de toda una actividad social son abandonados y muchos

arruinados. Afortunadamente quedan algunos en bastante buen estado (o restaurado como los de Laspaúles, Sin y, recientemente, el de Troncedo) donde aún se puede admirar todo esta técnica maravillosa que tanto tiempo sobrevivió.

Es verdad que no es tan fácil encontrar esas construcciones modestas en el paisaje. A pesar de tantas excursiones por la montaña Altoaragonesa, “encontramos” nuestro primer molino solamente en 1989. Una breve noticia en algún periódico nos incitó a esta visita. El sitio del molino se halla cerca del pueblo arruinado de Lacort en el valle del Ara. Pudimos examinar el harinero y el muy afamado “batán”, en aquella época todavía “in situ” y no tan famoso. Hoy día se encuentra restaurado en Fiscal. Pero nos faltaba un poco de información sobre el funcionamiento de

todo eso. A principios de los años noventa no abundaban las guías sobre el patrimonio histórico-cultural de la zona. En 1990 salió una serie interesante que se llamaba “Rutas Aragonesas” y que iba con la edición diaria del Periódico de Aragón. Acerca de Lacort ponían solamente la existencia de un



Cosmeinter: guardapolvo y piedras en el interior del molino de San Cosme

“impresionante y único batán” pero sin más documentación. Teníamos que esperar el interesantísimo libro sobre los molinos del Alto Aragón de Severino Pallaruelo (1994) para por fin aprender mucho sobre el tema e iniciar nuestras búsquedas de molinos, utilizando datos del libro, pero también viejos mapas topográficos y algunas otras fuentes. Entretanto, el número de molinos visitados alcanza a los 120 y sigue siendo un placer buscar, explorar y fotografiar nuevos sitios y encontrar sorpresas. Dos de estas sorpresas se relacionan con el origen de las piedras de moler, y en lo que sigue queremos extendernos un poco sobre este tema.

Dos excursiones con sorpresa

Un espléndido día otoñal del año 2002 fuimos al molino de San Cosme. Se halla entre Sasa y Cortillas en el Sobrepuerto. Viene en cada mapa pero no siempre en el mismo lugar. El lugar correcto es donde el Barranco del Valle se junta con el Barranco de Cillas. Caminamos por la pista desde Bergua hasta el pueblo abandonado de Sasa con su impresionante Casa Escartín. Desde aquí tuvimos que pasar por los prados en dirección oeste, más o menos en paralelo a una serie de postes, para al fin encontrar un sendero que baja hasta el Barranco del Valle. Después de cruzar dos veces el río llegamos al molino.

Fue una larga caminata pero que sin duda alguna valió la pena, porque en el molino, que se encontraba desafortunadamente en estado muy ruinoso, descubrimos en las piedras de moler la marca *Fabricacion * La Ferté*. ¿La Ferté? Por el



SanCosme: San Cosme: muela con estampa de La Ferté

libro de Pallaruelo sabíamos que se trataba de piedras ‘mas modernas’ procedentes de la ciudad francesa de La Ferté sous Jouarre, al este de Paris. Fue la primera vez que encontramos este tipo de piedra en la zona.

La primavera siguiente, un día a principios de marzo, bajamos desde la Ermita de San Antonio, situada por las afueras de Alquezar, por una pista bastante empinada hasta el viejo molino a orillas del río Vero. Aquí tuvimos una cita con los actuales propietarios, gente de la ciudad de Toulouse (Tolosa) al otro lado de la cordillera pirenaica. El interior del edificio estaba muy bien conservado. Representaba una verdadera ‘cueva de Ali Baba’ para los amantes de molinos con todo el equipo y los utensilios todavía

disponibles y el suelo cubierto de restos de piedras de moler con sus distintos tipos de molduras. Y las piedras...vinieron también de Francia, ¡de la misma La Ferté sous Jouarre! Pudimos distinguir bien la marca *Grande Société Meulière Dupety-Orsel & Cie*, que era una empresa de fabricación de piedras de moler en esta ciudad. Antes de despedirnos de nuestros anfitriones, tan amables, disfrutamos de un buen almuerzo bajo un cielo azul pleno de grullas en migración. ¡Fue de verdad una visita exitosa!

La visita a La Ferté

Apenas dos meses después, en mayo 2003, pasamos unos días en La Ferté sous Jouarre. Es una ciudad a orillas del río Marne que desemboca un poco más lejos en el río Seine en Paris. No podíamos esperar más para visitar este lugar de donde provenían las dos muelas que encontramos en Cortillas y Alquézar, y como se menciona en varias fuentes, de allí provenían “las mejores piedras de moler del mundo”. En aquella época, ciertamente La Ferté no alardeaba de su fama de fabricante de muelas. Ni en el sitio web municipal ni en guías regionales encontramos mucha información, aunque sí que en 2002, con motivo de una conferencia dedicada al tema, *La Ferté* fue declarada “*capital mundial de la piedra de moler*”. Cuando atravesamos la ciudad

notamos que algunas piedras servían de ornamentación en glorietas, pero a primera vista, había pocos indicios de las actividades importantes en un pasado no tan lejano. Porque a pesar del regreso rápido de las explotaciones después de la primera Guerra mundial, dos grandes empresas pudieron mantenerse en función hasta finales de los años 1950. La visita a una librería y a la oficina de turismo resultó fructífera. Un libro sobre la historia de las muelas en *La Ferté* escrito por AgaPain, un equipo de autores (2002), nos procuraba mucha información. Y en un folleto turístico describían unos sitios a visitar en relación con las piedras de moler. Pudimos iniciar el recorrido de la ciudad y su entorno.

La “vida” de una piedra de moler comenzaba en la cantera. En la segunda mitad del siglo XIX, el periodo de mayor actividad, se hallaban centenares de explotaciones en las proximidades de La Ferté. Habían allí importantes bancos de sílex, un tipo de roca muy duro y muy utilizable para labrar muelas de alta calidad. Según nuestras fuentes, la zona de *Le Bois* (bosque) *de la Barre* poseía una concentración importante de canteras, explotadas por la empresa del mismo nombre *Société du Bois de la Barre*. El sitio nos parecía interesante para comenzar nuestro paseo y por

eso nos dirigimos ante todo hacia ahí. Pero apenas encontramos restos. Durante un recorrido de varias horas por las colinas boscosas en las cercanías de La Ferté descubrimos solamente unas pequeñas excavaciones inundadas y medio ganadas por la maleza y el bosque. Resultó difícil imaginarnos el trajín de cientos de trabajadores, a veces asistidos por niños y mujeres,



Taller: Restos de talleres en La Ferté

cortando y arrastrando las piedras hasta el lugar más próximo de transporte. Con frecuencia necesitaban hasta seis personas para sostener un gran trozo de roca recién cavado. La vida de estos obreros en el sector de la fabricación de piedras de moler era dura y peligrosa y muchos murieron jóvenes. En las canteras sucedían muchos accidentes, a menudo fatales: caídas de piedras y corrimientos de tierras inesperados provocaban lesiones y fracturas. En las canteras surgía continuamente agua subterránea y trabajar con los pies mojados durante todo el año causaba enfermedades pulmonares. Frecuentes eran también las peripecias durante

el transporte de los fragmentos en *wagonnets* hasta los talleres. Estas pequeñas vagonetas no tenían frenos y su manejo en un terreno accidentado era difícil y arriesgado.

Una vez en el taller, las piedras pasaban todo un proceso hasta el producto definitivo.

Hasta la mitad del siglo XIX fabricaban sobre todo piedras monolitos pero después las grandes empresas se especializaban en las piedras compuestas “modernas”, las más conocidas y apreciadas por su calidad superior. En la foto de la glorietta se pueden apreciar bien ambos tipos. Los obreros tenían que seleccionar trozos de piedra de dureza, densidad y estructura homogéneas. Los

trataban y picaban hasta que obtuvieran el tamaño adecuado y luego unían los fragmentos poligonales con un cemento especial para formar las muelas tan famosas.

Después de nuestro paseo por la zona de las canteras, cruzamos la ciudad en busca de restos de talleres. Para facilitar el transporte de sus productos en barcos, las empresas se concentraban al principio a orillas del río Marne. Más tarde, cuando la línea de ferrocarril alcanzó a la ciudad, instalaban las fábricas cerca de las vías férreas. De estas empresas que en la época cumbre de la producción proporcionaban trabajo a miles de personas, tampoco queda mucho. Vimos unos restos de

talleres de la importante casa de fabricación de *Bois de la Barre*, parcialmente convertidos en garajes. Encontramos el lugar donde se alzaba una de las últimas grandes empresas, la *Société Générale Meulière*, pero que hoy día es sustituido por un gran almacén. Del famoso fabricante *Dupety-Orsel & Cie* de donde provienen las piedras del molino de Alquézar, solamente unos arcos tapados atestiguaban una existencia en el pasado. En los talleres, los obreros efectuaban su faena en grandes espacios semi-abiertos donde el polvo proveniente de todo el labrar y picar de las piedras circulaba en abundancia. Las pequeñas partículas de sílex, muy irregulares y ásperas, afectaban el tejido pulmonar de los obreros. Junto con el polvo de acero proveniente del uso de los utensilios,

provocaban la muy temida *silicosis*. Era una enfermedad pulmonar incurable, larga y mortal, también llamada la enfermedad de los *meuliers* -los trabajadores de muelas-. Los obreros prestaban numerosas manchas oscuras en las manos, el torso o la cara. Eran esquirlas de sílex y de hierro que saltaban de la piedra y de los picos cuando labraban las piedras y que se incrustaban con frecuencia en el cuerpo. El sílex muy duro desgastaba tanto los utensilios de hierro que cada dos días los herreros de la empresa tenían que forjarlos otra vez. En aquella época morían en 10

años un promedio de 8 sobre 10 obreros en accidentes de trabajo o de enfermedades profesionales. Sin embargo, el consumo excesivo de alcohol y eso desde muy jóvenes (muchos comenzaron a trabajar a los 12 o 15 años) causaba también muchos problemas de salud, hasta la muerte. Estos problemas comenzaban sobre todo a partir de la llegada del ferrocarril. En la época los vinos poco fuertes eran la bebida regular de los



Port des Meules: Puerto de embarcación de muelas en La Ferté

obreros porque el agua no estaba bastante higiénica. Pero cuando fueron sustituidos por vinos más fuertes y además por todo tipo de licores llegados de fuera por el tren, el número de alcohólicos aumentaba de manera alarmante.

Lo que seguro valía la pena en la capital mundial de las piedras de moler fue su histórico puerto fluvial a orillas del río Marne. Aquí se ubicaba el lugar de embarcación de las piedras para el transporte en barcos, llamado *Le Port aux meules* -el puerto de las muelas-. Nos impresionaba sobre todo porque

el muelle estaba constituido de centenares de muelas monolitos desaprobadas o quebradas, y recicladas como material de construcción. A lo largo del tiempo las piedras de La Ferté comenzaban su viaje al exterior desde este puerto. Sin embargo, a partir de 1865 con la llegada del ferrocarril, las transportaban sobre todo por la vía férrea. La proximidad de un gran centro como París facilitaba sin duda una mejor distribución. Se exportaban al mundo entero —sobre todo dentro de Europa— pero incluso a países como Estados Unidos, África del Sur y Nueva Zelanda. Entre 1857 y 1866 exportaron desde La Ferté 6000 muelas por año y esta cifra alcanzó hasta más de 20.000 en 1880.

La visita a Epernon

Aunque se habla siempre de “las piedras de La Ferté”, no todas las muelas con la marca “La Ferté” provenían de la ciudad misma. Ya a partir de los años 1840 los bancos de sílex alrededor de La Ferté comenzaban a agotarse y las empresas buscaban zonas donde se encontraba también piedra de igual calidad. De ahí que varias empresas de La Ferté fundaban casas anejas más lejos de la ciudad. Un lugar donde empezaban muchas nuevas explotaciones era Epernon, una localidad al sur de París en la cercanía de Chartres. En esta época, Epernon era más pequeño y menos conocido que

La Ferté. No obstante ya poseía una larga tradición de trabajar piedras de molino en sílex y además piedras de sillería en caliza. En la segunda mitad del siglo XIX, bastantes piedras exportadas como “de la Ferté” provenían en realidad de las canteras de la zona de Epernon. Las empresas solían marcar todas las muelas con la estampa “la Ferté”, sola o junto con el nombre de la empresa. Había por lo menos seis departamentos franceses en los que se fabricaban muelas tipo La Ferté. Sin embargo, la actividad en estos lugares consistía, principalmente, en preparar y seleccionar la piedra para enviarle después a La Ferté donde se montaban las muelas. Difícil saber de donde provienen realmente las muelas del molino de San Cosme y de Alquezar.



Glorieta La Ferté: dos tipos de muelas: modernas y monolitos

A finales de septiembre 2009 pasamos un fin de semana en Epernon. ¿Quedaría aquí algo de su pasado dedicado a la fabricación de muelas? En el nuevo museo sobre las muelas y sillares encontramos a *monsieur* Jean-Paul Duc, colaborador del museo y experto en el tema. Nos explicó muchas cosas sobre la rica historia de las piedras en Epernon, sobre la cual ha escrito un libro interesante en 2005 (que compramos en seguida). Nos indicó unos lugares donde aún se puede ver restos de las canteras. Los visitamos más tarde, pero igual que las que visitamos en La Ferté, las excavaciones

estaban muy cubiertas por la vegetación. Encontramos solamente unas pocas donde se podía ver bien los restos de piedra. La municipalidad d’Epernon intentará conservar como sitios históricos varias zonas con concentraciones de canteras alrededor de la ciudad. Luego el señor Duc llamó también a su amigo Marcel Le Corre para acompañarnos en la visita del lugar donde todavía quedan los impresionantes

talleres de la sucursal de la *Société Générale Meulière* en Epernon, situado al lado de la estación ferrocarril. Hoy día, pertenecen a una empresa privada pero la municipalidad muy probablemente comprará el sitio para dedicarlo a un fin semejante al de los talleres de La Ferté. Afortunadamente Epernon hace más esfuerzos para conservar y hacer valorar su patrimonio histórico-cultural que La Ferté. Y gracias a la amabilidad de los señores Duc y Le Corre nuestra visita a Epernon ha sido un éxito.

Las muelas en el Altoaragón

Según Pallaruelo (1994) al Altoaragón las famosas muelas marcadas “La Ferté” solamente comenzaron a llegar a finales del siglo XIX y se extendieron muy pronto alcanzando casi toda la zona. En aquella época eran muy apreciadas e importadas por varios comerciantes españoles. Barberà Miralles, en un artículo sobre molinos y muelas en la provincia de Castellón (2003)

cita que las muelas francesas que ha podido ver en su provincia pertenecían a cinco fabricantes, entre otros *Dupety-Orsel & Cie* (como el de Alquezar) y la *Société Générale Meulière*, ambos de La Ferté. Añade que un tal Francisco Riviére era un distribuidor de muelas francesas para Madrid, Valladolid y Bilbao y que La Maquinaria Agrícola

José del Río, de Madrid, y la casa Pérez Muntaner de Barcelona, suministraban muelas francesas a toda España y muy probablemente también a Aragón. En nuestro libro francés sobre La Ferté encontramos una ilustración con publicidad por una de las empresas de la ciudad. El hecho de que el texto acompañado esté en español demuestra bien que el mercado de España tenía entonces cierta importancia. En el dibujo se ve dos comerciantes españoles (uno sentado a una mesita con dos vasos de vino..., el otro de pie). Su conversación es la siguiente: - “Hola amigo, ¿de vuelta ya de

La Ferté? ¿A quién compraste tus muelas?

-A La Société du Bois de la Barre, pues es la única casa en La Ferté sous Jouarre que garantiza la calidad y la procedencia de sus piedras:”

Sin embargo, las muelas “modernas” marcadas “La Ferté” fueron las últimas piedras empleados en los molinos del Altoaragón. Los molineros se veían obligados a modernizar para obtener un mejor rendimiento y calidad. Gracias a su superioridad y a una nueva técnica de picar los surcos, las muelas “La Ferté” permitían una molienda más eficaz lo que redundaba en un aumento de la cantidad de harina blanca obtenida. Pero no iba a pasar mucho tiempo antes de que las nuevas tecnologías industriales mataran a todo esta actividad rural.

Uno se puede preguntar de dónde procedieron las muelas del Altoaragón en el pasado, antes de la aparición de las franceses. Blazquez y Pallaruelo (1999) mencionan en su libro “Maestros del agua” que desafortunadamente no existe mucha documentación sobre las miles de piedras que se labraron en Aragón y solo han encontrado tres documentos sobre dichos trabajos. Barberà Miralles nos muestra que en Castellón,

muchas piedras presentes en los molinos de la provincia son muelas catalanas procedentes de la cantera *Satalia de Montjuïc* (cerca de Barcelona) que abastecía el ámbito Mediterráneo español”. Pallaruelo (1994) menciona también que en Aragón las mejores piedras (antes de las de La Ferté) procedían de las proximidades de Barcelona pero eran muy raras porque el transporte resultaba carísimo. Más tarde, la llegada del ferrocarril facilitó la adquisición de muelas –primero catalanas y luego francesas- para los molinos de muchos lugares. En el Altoaragón para labrar las



Museo_epernon: El museo de muelas y sillares en Epernon

piedras ‘antiguas’ se utilizaron distintos tipos de rocas. El granito se empleó al nivel local en los valles que, como Tena y Gistain, lo poseen. Las areniscas más duras y los conglomerados más compactados son las rocas que con más frecuencia se han usado para labrar piedras de molino. En los molinos de las vertientes meridionales de las Sierras

Exteriores abundan mucho las piedras de conglomerado de tonos rojizos, más al norte eran cuantiosas las de arenisca”.

Navarro (2008) en su artículo en el número 11 de *Treserols* sobre una cantera en Gurrundú en el valle de Escuaín, menciona que se conocen algunas canteras cerca de los molinos de Bierge, Almunia de Romeral y Rodellar en la zona de la Sierra de Guara. Parece lógico que antes, las piedras fueron talladas lo más posible en las inmediaciones de los molinos. Una cantera de cuarcita del circo glaciar de Gurrundú descubierto en 1995

se encuentra en un entorno inusual bastante lejos de lugar habitado o de molinos. En el lugar localizaron dos ruedas en un estado bastante avanzado de fabricación y una tercera rota, probablemente talladas hace 150 - 200 años. Este ejemplo prueba que todavía hay cosas interesantes a descubrir, aunque sobre la

procedencia de las muelas en la zona quedarán siempre muchas incertidumbres.

De vuelta a los molinos de Cortillas y Alquezar

Puede ser que las piedras modernas marcadas La Ferté se extendieron muy pronto

alcanzando casi todo la zona, pero llegar a Cortillas (¿desde Fiscal?) o hasta Alquezar no parece ser pan comido. Hoy día es difícil imaginarse qué esfuerzo hubo que realizar para transportar tanto peso a estos lugares, sobre todo a un sitio remoto como el molino de Cortillas. ¿Y por qué, después de haber visitado unos 60 molinos harineros en el Altoaragón, no hemos encontrado más de dos piedras del tipo de La Ferté? Un pequeño análisis de las notas (y fotos) que hicimos de cada

molino visitado nos revela que en 16 de los 60, no quedaron piedras. De los 44 con piedras, en 8 las muelas estaban casi totalmente bajo los escombros y en 14 cubiertas por el guardapolvo. De los 22 restantes, bien visibles, solamente dos presentaban marcas de la famosa ciudad francesa. Un número de estos molinos esta situado en zonas bastante remotas del Sobrarbe, y quizás eso pueda explicar mucho, junto con el hecho de que una muestra de 22 molinos con piedras visibles

resulta bastante limitada. Al comenzar el siglo XX casi todos los molinos del río Aragón y del Gállego, del Somontano y del valle del bajo Cinca molían con piedras francesas de la Ferté. Sin embargo, en el Sobrarbe (y Ribagorza) donde nunca entró el ferrocarril, se siguieron empleando las del país.

Para nosotros hay solamente una solución: ¡continuar buscando!

Fotos y texto:

Luc Vanhercke y Anny Anselin

SOBRARBE DIBUJADO

En otoño, los bosques de Sobrarbe se muestran generosos con los visitantes y les ofrecen buenas cosechas de setas. Dibujar una cesta de setas es una manera de dibujar nuestra comarca.

Por **Ramón Bosch**

